

## ACONTECIMIENTO

### Juan Luis Ruiz de la Peña, *in memoriam*

Carlos Díaz

Director de Acontecimiento  
Miembro del Instituto E. Mounier



## ACONTECIMIENTO

Juan Luis Ruiz de la Peña Solar nació por avatares de la guerra civil en Vegadeo (localidad asturiana fronteriza con Lugo) el 1 de octubre de 1937. Era, es y será siempre asturiano: primero hombre de Dios y de los seres humanos, después hombre de Asturias y de la música, luego teólogo, finalmente sufridor del Oviedo club de fútbol; no le conoció otras identidades amorosas similares. Vivía la mitad del año en Salamanca, en cuya Universidad Pontificia trabajaba como brillantísimo catedrático de Antropología Teológica y de Escatología, cobrando como es habitual entre los eclesiásticos –incluso entre los más célebres– un sueldo de todo punto irrisorio, pero su corazón estaba puesto invariablemente cada día de su vida en la capital del Principado, en cuyo Instituto Superior de Estudios Teológicos enseñaba la mitad del tiempo escolar. Le costaba un riñón salir fuera de Asturias; los viajes le ponían malo, porque fuera de los límites geográficos de su tierra se sentía menos sí mismo. Aunque la Facultad Teológica del Norte gozó de su magisterio entre 1971 y 1976, y quizá la cercanía de Burgos respecto de su tierra le hiciera sentirse menos transerrado, sin embargo en Salamanca –a diferencia de Unamuno– la verdad es que Juan Luis estaba deseando salir de la para él, que no conducía, lejana ciudad amarilla, porque anhelaba volver a Oviedo. Año tras año vivió contando los días que en cada curso escolar le faltaban para volver a su paisaje, a su casa, a sus circunstancias vitales.

De paleta, sin embargo, no tenía nada; sabía un montón de idiomas, hubiera podido ir a cualquier parte de la Tierra, en otras partes del mundo sus libros servían de texto oficial u oficioso (cosa que he podido comprobar últimamente en Latinoamérica), pero ¿qué hacía él fuera de su verde patria? Brillantísimo orador también, él era un hombre universal concretamente albergado bajo un paraguas en su humus amado, homo universal de humus concreto cuya actitud al respecto compartía con otros miembros de

su familia, una destacada saga de profesores, eclesiásticos (tío suyo fue el canónigo de la catedral de Oviedo –como el propio Juan Luis– Ignacio Ruiz de la Peña) y músicos (como su propio padre).

Tras cursar estudios eclesiásticos en el seminario de Oviedo, donde fue ordenado sacerdote en el 1961, en *un solo año* se licenció a la vez en Música (especialidad iniciada en los conservatorios de Oviedo y de Madrid) en el Instituto de Música Sacra, y en Teología Dogmática en la Universidad Gregoriana de Roma, donde posteriormente obtuvo el grado de doctor con la obra «El hombre y su muerte (Antropología teológica actual)». Alma musical con un descomunal talento racional, hacía *teología musical* y para muchos de nosotros sus libros constituían sinfonías de auténtica *musica celestrial* en el más noble de los sentidos, no sólo por ocuparse en dichos libros de cuestiones escatológicas (y el cielo es el último *éjaton* teológico), sino también por tratarlos primorosamente con tanta perfección, exactitud, justeza, rigor, habilidad, pulcritud y buen oficio, que nos dejaban fascinados: *inaudita verba*. Para aquel que admiraba su obra como yo mismo ¿podía haber mayor placer que recomendar sus libros?

¿Quién hubiera podido escribir como nuestro admirado amigo! A él, sin embargo, le costaba mucho decidirse a poner sus ideas sobre el papel, pues se exigía mucho. Primero leía y leía, con paciencia de miniaturista medieval, cada libro que le interesaba, y los mandaba a buscar a cualquier parte del mundo; original como él solo, cuando ya tenía organizada su organizadora cabeza y tomadas las notas pertinentes, entonces redactaba el artículo o el libro vivíparamente, de un tirón, con su letra apelmazada en cualquier papelucho que encontraba. Luego vino el ordenador al que se había resistido, pero aquella era la letra de uno de los grandes profesionales de la teología actual, y a la vez la de un hombre cuya vida entera fue un glorioso capítulo.

## ACONTECIMIENTO

Hablar de Ruiz de la Peña y pasar de la música a la teología no es ir sino de lo mismo a lo mismo; creo tan imposible que él leyese libros sin descifrarlos en clave musical, como que la música no le hablase de cuestiones en clave escatológica. Había que verle oírle: se sabía de memoria cada movimiento de cada sinfonía, al primer acorde ya descubría la pieza de que se trataba. También tocaba muy bien el órgano y el piano, aunque se quejaba ya cuando yo le conocí de tener las manos entumecidas por falta de práctica; probablemente había mucho de verdad en ello y hubiera tocado muy bien cuando joven, pues Juan Luis era tan inteligente como modesto. Pero donde veía un piano al menos intentaba levantar la tapa; si tenía confianza, tocaba brevemente, como lo hacía en nuestra casa en el ya abandonado Kawai de nuestra hija Esperanza.

Todo lo hacía bien este prodigioso hombre fuera de serie. Y lo mejor es que a su lado los demás nos sentíamos también casi prodigiosos, más ocurrentes, más buenos, más felices, más dignificados, más conativos. Cuando no estaba oyendo música, estaba leyendo libros (no sólo de teología), o dando clase, o con sus hermanos y a sus cuñadas, para él verdaderas hermanas, a sus sobrinos, especialmente al más necesitado de ellos...

Persona asimismo clave para la Conferencia Episcopal en la formación del clero español, y uno de nuestros mejores teólogos (yo siempre dije, y ahora veo que casualmente coincido con algunos como Fernández Conde, en que «formaba con González de Cardedal y González Faus el terceto más destacado de la teología española»), por si todo lo anterior fuera poco, este sabio sabía ser fundamentalmente un *hombre bueno*, un hombre bueno incluso mientras le salía el genio, mientras se cogía esas monumentales rabetas *cum ferro et igne* cuando algo le indignaba, las cuales sin embargo no le duraban nada. Como un niño, pan bendito hasta en las indignaciones que a mí particu-

larmente nunca me cayeron encima y quizá por eso me hacían incluso gracia.

Hasta que se trasladó—poco antes de morir, ay—al Seminario mismo, vivía escrutando los signos del cielo, pero no por mor de su oficio escatológico, sino por motivos más prosaicos, a saber, llevado por el temor de que unas pocas nubes sobre su frágil tejado pudieran causarle goteras y estragos en sus libros y, sobre todo, en sus dos pianos de la calle Gascona, una casa de alquiler llena de libros y de discos, pero también—como yo le decía bromeando—de estalactitas en su cocina, dado el deterioro del techo. Aquella sobriedad tan magnífica como su cafetera pequeña y el tabaco, que luego supo dejar, aquel sillón de orejas equidistante de los grandes altavoces, aquella necesidad de oír sin una sola mota de polvo y sin el más mínimo rumor de imperfección sus queridos discos hasta que por fin lo evitaron los compactos, aquellos libros suyos traducidos a otros idiomas, aquellos libros míos tan amorosamente guardados por él...

Nos conocimos hace dieciocho años en la Revista Católica Internacional *Communio*, en donde trabajamos juntos unos diez años, y ¡cuánto nos hemos divertido desde entonces tú y yo juntos, presumiendo el uno del otro, lectores recíprocos, ditirambidas inseparables el uno del otro, yo inmerecidamente loado por ti, siento tú mi mejor lector, el que me devolvía cada libro con frases de aliento y corregidas todas las erratas una a una, mi mal latín siempre disculpado como si fueran fallos de imprenta, mi acrítica improvisación incapaz de orden sistemático tolerada y al fin hasta festejada, cuando no es sino incapacidad para ir más profundamente tras lo real, tus reproches sobre mi poco empeño en lograr una cátedra universitaria que tú hubieras querido para mejor expansión de mis ideas (que eran tuyas), y que no supe regalarte...

*Bueno y humilde* lo era Juan Luis hasta la médula, como *inteligente*. Y ambas virtudes,

## ACONTECIMIENTO

las éticas y las dianoéticas, estaban vividas en él desde una enorme capacidad para el gozo y el sentido del *humor* y el *agradecimiento*. En carta del 18-12-1985 se refiere así a un capítulo de uno de mis libros en donde presentaba yo parvamente algunos de los rasgos de su riquísimo pensamiento teológico: «En cuanto a "nuestro" capítulo, leyéndolo me venía a la memoria una anécdota de mis años romanos. Juan XXIII acababa de publicar una encíclica –no recuerdo cuál– y estaba como un chico con zapatos nuevos. Hasta el punto que decía a todo el que quería oírle: "¡ma vedete ché bella enciclica mi hanno fatto!" A mí me pasa lo mismo: el capítulo séptimo es "il piú bel capitolo che mi abbianò mai fatto"». Nunca agradeceré bastante haber sido llamado a formar parte del consejo de redacción de aquella revista, el lugar donde más he aprendido de mi vida, en aquellos encuentros que en ocasiones duraban la tarde de un día y la mañana del siguiente, donde se ponían sobre la mesa temas teológicos centrales y se discutía sobre ellos antes de saber qué mensaje pretendíamos enviar, y a quién había que encargar los artículos correspondientes. ¡Cómo olvidar aquellos debates a los que sin mérito alguno me vi invitado desde el primer día, con teólogos como Juan Luis Ruiz de la Peña, Antonio Andrés, Juan Martín Velasco, Ricardo Blázquez, Juan María Laboa, y otros no tan teólogos como Alfonso Pérez de Laborda, Javier Elzo, etc? Y además, ahí estaban en las anuales reuniones internacionales Hans Urs von Balthasar, Jean Luc Marion, etc.

Juan Luis Ruiz de la Peña ya no está junto a nosotros físicamente; cruzó la frontera hacia Dios en Oviedo el día 27 de septiembre de 1996 cuando estaba a punto de cumplir 59 años de edad y cuando ya con dificultades finalizaba el último capítulo de su nueva obra, una nueva versión de su Escatología

crisiana, de la que era consumado y reconocido especialista de fama mundial. Sabedor desde el primer día de la gravedad de su propia dolencia, vivió los últimos meses de su existencia volcado en su trabajo como director de la colección de manuales *Sapientia Fidei* (BAC). Hacía meses que se le descubrió un cáncer, supuestamente eliminado tras una operación muy agresiva, pero el mal rebrotó. Con la misma letra de siempre nos escribe *el día mismo en que le diagnostican su irreparable condición final* desde Oviedo el 23-8-1996 la siguiente carta, la última:

«Queridos Carlos y Mari Juli. Lo de "D. Carlos Díaz y Sra." que figura en el sobre se debe a que el paterfamilias andará por Ultramar al recibo de ésta, y tengo especial interés en informaros de mi situación. No es buena. Hoy me han comunicado que se detecta un rebrote (una «recidiva», en la jerga) del proceso canceroso, ya no atajable quirúrgicamente, de modo que el lunes 26 ingreso de nuevo en el Centro Médico, donde tratarán de vigorizar un poco mi organismo para poner en marcha la quimioterapia. Se me administrará en diversas fases de, al menos, cuatro meses. Así que me han quitado de la cabeza empezar el curso en Salamanca.»

Bien, esto es lo que hay. Gracias a Dios (y, supongo que con sobrado fundamento, a los rezos de los amigos) me siento sereno y dispuesto a afrontar lo que venga. Ojala me dure este ánimo.

La última carta de Carlos la guardo para releerla cuando precise una inyección de moral. Gracias, hermano, por lo que en ella me dices.

Un fuerte abrazo  
Juan Luis Ruiz de la Peña».

¡Cuánto me alegro de esa carta mía a que él alude, donde le recordaba lo que siempre le dije, porque creo que los mejores homena-

## ACONTECIMIENTO

jes son los presenciales, y los peores los póstumos, contra los cuales estoy: le dije que lo más noble de mi alma estaba ennoblecida por la suya, y que él era lo mejor que me había pasado, como le he dicho en mi vida a dos o tres personas, o a muy pocas más! Mi esposa y yo, a quién él tanto afecto mostró, le habíamos visitado en Oviedo tras su primera operación (¿cómo nos edificó con su agradecimiento a Dios por lo que le había concedido hacer!), y hablado de verle durante el verano, pero al final él compartió unos días con su familia y lo dejamos para octubre, pero entonces, a mi vuelta de un largo viaje, él ya había muerto. Sus hermanos nos dijeron que murió como había vivido: amando al Señor, derramado en afecto para todos, pensando en todo como en él era habitual, incluso en dejamos a algunos amigos un recuerdo personal, pues con Tagore hubiera podido decir: «A mis amigos les dejo las cosas pequeñas, a la humanidad lo grande».

Su muerte, a él a quien apenas ningún homenaje se le atribuyó en vida, además él era renuente a todo eso, produjo una gran conmoción en el mundo de la cultura católica española, lo mismo entre los iconoclastas que entre los iconóclulos. La entereza a *capite ad calcem* con que supo llevar su enfermedad, su lucidez y su finísimo humor mantenido hasta el final no hicieron sino ratificar el coherente testimonio de su fe en la resurrección, que tantas veces había explicado desde su cátedra y que ahora remataba toda una trayectoria vital con la lección magistral de sus últimos momentos. Tal es la teología verdadera, la única interesante, aquella donde palabra y vida se adensan en coherencia con el último amén: *sicut vita, finis ita*, dejemos que nos lo relate Víctor García de la Concha, catedrático de Literatura de la Universidad de Salamanca y secretario de la Real Academia de la Lengua:

«No sé si podré terminar el último capítulo y la biografía». En la mesa de la habitación de la Casa Sacerdotal de Oviedo, la misma

que ocupó en su día Juan Pablo II, estaba cerrado el ordenador portátil que había traído de su celda de trabajo del Seminario. Allí me había mostrado en primavera su sala de música. Orgulloso del equipo sonoro, «escucha, escucha», me dijo. Sonó, conmovedor hasta el escalofrío, el «In Paradisum» del «Requiem» de Gabriel Fauré. «Espléndido, Juan Luis», logré balbucir cuando me repuse; «pero ¿por qué has elegido precisamente esa pieza?» «Porque sé que te gusta mucho». Era verdad, pero no toda la verdad. Sabía que estaba herido de muerte y, consecuente con la doctrina teológica en la que era maestro, se preparaba, haciéndola vida propia, para alcanzar sereno la frontera de Dios. Trabajaba en una nueva versión de su Escatología, última pieza en el tiempo de una de las construcciones teológicas más sólidas que se han escrito en los últimos años. Una de las más abiertas, también, al diálogo con la antropología actual. He tenido la suerte de seguir, con la cercanía de una amistad familiar, su trayectoria. El velo de las lágrimas hace más íntimo el recuerdo del tiempo de nuestra convivencia romana. Juan Luis había ido para estudiar órgano con Vignanelli, pero llevaba dentro la inquietud del pensamiento y terminó estudiando Teología en la gran Universidad Gregoriana, donde alcanzó la medalla de oro.

Le veo llegar feliz como un niño con un libro comprado, con los ahorros de estudiante, en Herder: «No hay placer superior al de abrir un libro nuevo», aseguraba. Había otro humano, parigual: oír música o interpretar la al órgano. Y otros menores: tomar un «capuccino» en el café del Senado o un helado, de cuando en cuando, en Giolitti. Pero no, ninguno como el del libro. Juan Luis se encerraba —sabíamos que ese día, y aún los siguientes, no debía molestarse— y comenzaba a llenarlo de subrayados y de notas en acuerdo o desacuerdo. El diálogo con el libro se hacía apasionante.

Viéndole tan amigo de soledad, casi ermitaño, quien no le conociera de cerca podría

## ACONTECIMIENTO

considerarle un hombre frío. Los que gozamos de su amistad sabemos bien, sin embargo, hasta qué punto era apasionadamente fiel a ella. Pero hablo ahora de su pasión de la inteligencia. Había elegido servir a la Iglesia en ese terreno específico y del modo que he dicho. Creo que no me hace desvariar el cariño al afirmar que hoy la Iglesia —y no sólo la de Asturias— se siente un poco más pobre con su muerte.

Nos queda una palabra: la reflexión y el estudio de muchos años. Le urgía completarla. Meses atrás le había llevado yo a Salamanca algún recado doctrinal de Pedro Laín y le preocupaba explicar bien los términos de la amistosa disensión en algún punto clave. Yo asistía, emocionado, al diálogo de aquellos dos hombres, intelectualmente excepcionales, preocupados por abrirse paso entre la niebla en la desembocadura del río de la vida.

Hace dos semanas acudí a su llamada: «No dejes de venir». Fue entonces cuando me confió su temor de no terminar el último capítulo del libro sobre Escatología. Me enseñó el pequeño apartamento y me hizo fijarme en dos preciosos crucifijos: el de un pequeño oratorio —una hermosa pieza de marfil— y otro, muy sobrio, pero tremendamente expresivo, colocado sobre la cabecera de su cama. «Este es de menor valor», dijo el gerente del Arzobispado, que había venido a buscarme. «¿Ah, sí?», musitó Juan Luis. Pensé después que para él se había convertido en el interlocutor que recibía fiel las palabras del último capítulo.

Cuando días más tarde hablé por teléfono con él, su voz me llegaba sutil, como de entre la niebla más tupida en la frontera. Ahora, cuando me acababan de comunicar su muerte, su voz se funde, para mí, en un «pianissimo» lleno de luz, con el «In Paradisum» del «Requiem» de Fauré. Y, en silencio, digo: Gracias, Juan, hermano, por tantas cosas; sobre todo, por ese último, glorioso capítulo» (*La Nueva España*, 28-9-96).

Centenares de personas asistieron a sus exequias en la Catedral de Oviedo y desfilaron incesantemente por la capilla ardiente instalada en la Casa Sacerdotal diocesana. Así relata los últimos hechos el diario ovetense «La Nueva Era» (28 de septiembre de 1996): «A las siete de la tarde del día 27 de septiembre, en la Casa Sacerdotal de Oviedo, Javier Fernández Conde, sacerdote, catedrático y amigo íntimo de Juan Luis, dirigió el rezo de un responso ante el féretro que contenía los restos mortales de nuestro amigo. Había fallecido apenas tres horas antes en el Centro Médico. Sin contener las lágrimas, un reducido grupo de familiares y amigos seguía el rezo. Allí estaban los dos hermanos del fallecido, Juan Ignacio y Álvaro y sus esposas, Isabel González y Lidia Ruiz; los canónigos Ramón Platero y Raúl Arias y el director de la Capilla Polifónica San Salvador, Alfredo de la Roza, entre otros.

Como un goteo de dolor fueron entrando después al velatorio otros amigos y familiares. Juan Ignacio y Álvaro comentaban en un corrillo las últimas horas de su hermano, plenamente lúcido hasta el momento final. Juan Ignacio indicó en ese sentido que era «difícil ser sabio y aún mejor persona». Álvaro recordaba las jornadas que pasó con él en Llanes durante el pasado verano... El féretro fue llevado a hombros por cuatro profesores del Instituto Superior de Estudios Teológicos desde allí hasta la Catedral de Oviedo, que se encuentra a muy pocos metros de distancia, en medio de los tañidos de campana de la Sancta Ovetensis, de la que era canónigo desde 1972. En la homilía, el arzobispo Gabino Díaz Merchán lamentó «la pérdida de una persona entrañable no sólo para la Iglesia de Asturias, sino también para todos los que leen en el idioma de Cervantes... su cuerpo se ha deshecho en la esperanza y en la siembra de la resurrección, su vida ha sido un don de Dios». «Al final de la eucaristía y con un tono vibrante y emocionado, el rector de la Pontificia de Salamanca, José Manuel

Sánchez Caro, se dirigió a los asistentes que abarrotaban la Catedral para resaltar la figura del profesor Ruiz de la Peña. Después de dar las gracias a la diócesis de Oviedo por posibilitar «el gozo y el lujo» de haber podido albergar en la Universidad Pontificia de Salamanca a un gran profesor, afirmó que «era un catedrático solícito con los alumnos que le admiraban por la claridad de sus explicaciones y por su cercanía personal». Reveló que hace tres días había podido ver las letras vacilantes con las preguntas del último examen de septiembre que el vicdecano de la Facultad de Teología había recibido de parte de Juan Luis Ruiz de la Peña al que calificó de «maestro verdadero en Teología, de vasta erudición e inmensa capacidad de diálogo con la cultura y con la ciencia, al que unía su conocido dominio de la tradición teológica católica». Más adelante y tras señalar su ejemplaridad sacerdotal porque «vivía lo que enseñaba», destacó la brillantez de su castellano que «engarza con la mejor tradición teológica de fray Luis en el siglo XVI calificándolo de «maestro» escritor, creador de un lenguaje nuevo en la teología». Y añadió: «No hace mucho me dijo, ya ves, me he pasado la existencia hablando sobre la vida más allá de la muerte. Ahora tengo que cumplir yo mismo lo que tantas veces he enseñado». Y debo decir que así lo hizo».

Sus restos mortales descansan en el panteón de capatares del cementerio del Salvador de la Catedral del Principado» (Díaz, E: In «Ecclesia», 5-10-1996).

Nunca pensé en tener que reproducir estos paisajes de la existencia de mi amigo. La muerte golpea tanto y tan fuertemente que apenas da tiempo a dar cuenta de ella. Recien vuelto de Guadalajara (México) el uno de octubre de 1996, traía yo sobre mi pecho la huella aún caliente de un manotazo duro, un hachazo invisible y homicida: el de un terapeuta gestáltico, Lorenzo, abrazado cariñosamente la noche anterior y a las pocas horas muerto de un infarto; él se

había despedido emocionadamente al final de nuestro encuentro con estas palabras: «Carlos, a partir de este mismo momento voy a pensar todo lo que nos has dicho». Poco sabíamos él y yo y sus compañeros que no iba a darle tiempo alguno para pensar nada; hoy experimento todavía un poco más de cerca que el supuesto dueño absoluto de su tiempo no es sino el dueño absoluto de su necesidad.

Y apenas descendido del avión que me devolvía a España, el uno de octubre de 1996 mi esposa habría de darme la nueva y dolorosa noticia: Juan Luis ha muerto ¡Juan Luis! Pocos como Juan Luis habrán podido decir con Evagrio el Pónico: «El pecho del Señor contiene la gnosis de Dios; el que se recueste sobre él será teólogo» (Ad Monachos 120. PG 40, 1282); «si verdaderamente eres teólogo y oras y si oras verdaderamente eres teólogo» (De Oratione 60. PG 1180 b). Sin tiempo ya para el último adiós, hoy vuelvo a repetir con san Agustín aquella anotación, exagerada quizá en la forma: «Maravillábame que viviesen los demás mortales por haber muerto aquel a quien yo había amado, como si nunca hubiera de morir; y más me maravillaba aún de que, habiendo muerto él, viviera yo, que era otro él. Bien dijo uno de su amigo que «era la mitad de su alma» (Horacio, Carm. 1,3). Porque yo sentí que «mi alma y la suya no eran más que una en dos cuerpos» (Ovidio, Trist. IV, 4,72). «Y por eso me causaba horror la vida, porque no querría vivir a medias, y al mismo tiempo temía mucho morir, para que no muriese del todo aquel a quien había amado tanto» (Confesiones, IV, 6, 11). En estas horas, y ante esta cita, vuelvo a leer la dedicatoria de mi libro «Preguntarse por Dios es razonable», de 1989: «Horacio llama a Virgilio *animae dimidium meae* (Odas, 1,3,8), teniéndole además por su mejor estímulo intelectual; y yo, desde estas parvas páginas, dedico lo menos malo de ellas a mi Virgilio, Juan Luis Ruiz de la Peña». Y ahora ya, sin mi Virgilio, me pregunto un poco para qué tanto escribir.

## ACONTECIMIENTO

Afortunadamente Juan Luis Ruiz de la Peña no necesita ya que yo le prometa voluntariosa-infantilmente con Gabriel Marcel aquello de «mientras yo viva tú no has de morir», porque ninguna vida humana resulta lo suficientemente longeva como para garantizar la eternidad de ninguna otra; qué bien lo dijo el mismo san Agustín: «Bienaventurado el que te ama a ti, Señor, y *al amigo en ti* y al enemigo por ti, porque sólo no podrás perder al amigo quien tiene a todos por amigos en aquel que no puede perderse. ¿Y quién es este sino nuestro Dios?» (*Confesiones* IV, 9, 14).

Además, Juan Luis, tú ya has comprobado todo lo que mi tosca palabra sólo balbucea; en tu propia identidad de resucitado sabes bien que la existencia del buen Dios que nos ama a todos desde el día mismo en que nos creó respalda para siempre nuestra eternidad, ahora en el Amor de su Sábado sin ocaso. Música y libro habrán empalidecido ante la presencia del Amor de tu vida.

En fin, hermano, déjame que te recuerde algo que tu modestia podría no querer aceptar: que entiendo mejor a Dios también gracias a ti, siendo tú para mí don de Dios. «Tu amistad y la de los tuyos —me decías también tú el 3-1-90— es una de mis pruebas favoritas de la existencia de Dios».

Algo, más allá de la interminable nostalgia, hermano Juan Luis, me colma de bendiciones: el privilegio de haberte conocido, de que me hayas llamado hermano poniendo gratis tu vista encima de mí, pues en ella y a su través he sentido el rostro de Dios en la piel y la mano de Dios sobre el hombro. En presencia y en ausencia, a este lado y al otro del teléfono, del día y de la noche, tu voz es mi voz, hermano. Eres de lo mejor que me ha pasado en la vida, la has honrado tanto más cuanto más te he abierto mi corazón contrito y enfermo. Te lo agradezco estrechamente. No quiero releer aún

despacio («de espació», con Quevedo) tus cartas, que conservo como excepción; pero las llevaré conmigo hasta la Otra Morada, porque allí espero —contigo— la vida del mundo futuro, porque tú eres (fuistesarás) un momento hierofánico crucial de mi existencia.

Bendito sea Dios por este hermano, hombre de Dios y hombre de Dios para los hombres. Cuando uno conoce tantos curas y tantos laicos, pero tan pocos hombres espirituales, ¿cómo no estremecerse en lágrimas con un nudo en la garganta por el recuerdo indeleble de este teólogo profesionalmente maestro, sacerdote centrado en las cosas de Dios, amigo y hermano consolador, íntimo como la propia intimidad? *Maestro*, has sabido hacernos *magis* a los que somos muchísimo *minus*. Seguiremos encaramados sobre tus hombros de hombre, no nos dejes caer de ellos.

Gracias por el don de tu ser, Juan Luis Ruiz de la Peña. Ruega por mí, Carlones, cada día de tu tiempo nuevo, como lo hacías aquí en la tierra. Conservo tus cartas desde el 18-2-1980, cosa que sólo he hecho con dos personas más. Déjame por último que te recuerde desde aquí abajo éste párrafo de una tuya del 3-8-83:

«Querido Carlones: Me duele saber que sufres, y que no puedo hacer otra cosa sino sufrir contigo, con-padecer y rezar por ti. Pero, eso sí: estoy seguro de que todo esto sirve para algo. Todo esto, es decir: tu sufrimiento, el mío y nuestra oración. Algún día sabremos para qué sirvió: entonces «tristitia vestra vertetur in gaudium quod nemo auget et vobis». O lo que es lo mismo: la tristeza de antaño y hogaño fructificará en gozo inamisible. Cómo nos lo vamos a pasar, macho».

Hasta mañana, pues, si hay tiempo, es decir, si Dios lo quiere. Esperame.